

Fray Esteban de Verdalet: *Un valenciano que supo cómo iba a morir*

Jorge MILLA REYES

La primera noticia que tuve acerca de fray Esteban la recibí por casualidad mientras buscaba en el Archivo Nacional de Costa Rica documentos sobre dos casos ocurridos en la región centroamericana que fueron conocidos por los tribunales de la inquisición situados en Las Indias: el proceso por un caso brujería en la población de Paraíso de Cartago, en Costa Rica, y el del irlandés William Croniels, residente en Sonsonate, El Salvador, que fue el único de todos los casos llevados de la región centroamericana a la sede principal del Santo Oficio en México que terminó con la ejecución del acusado en 1575.

Esa primera noticia fue la carta enviada por fray Esteban al Rey de España suplicando impidiera que la «reducción» de los indios Xicaques de la Taguzgalpa se realizara por la fuerza. Pedía que ésta se efectuara «con la cruz, no con la espada» y se ofrecía como voluntario para llevarla a cabo, afirmando textualmente que estaba dispuesto a cambiar la paz de su celda por los riesgos de la empresa.

Verdalet sabía bien lo que decía, como Provincial Franciscano en Comayagua tenía noticias fidedignas de los peligros que acechaban a los misioneros que tenían el atrevimiento suicida de intentar convertir aquel pueblo que se conocía con el nombre de Xicaques¹ pero que, por esas fechas designaba también a los Taguacas y a ciertos grupos Lencas y de indios caribes.

Pero su conocimiento exacto de los riesgos no iba a disuadirlo de realizar el trabajo al cual se consideraba llamado por «el cielo». Desde sus primeros años en Valencia del Cid, su tierra natal, había tenido noticias del trabajo de cristianiza-

¹ Hay dos voces, ambas mexicas de las que parece provenir el nombre Xicaque, la primera es *xicaque* o *xicami* que significa mira o pon atención, la segunda *chicactic* que significa cosa recia o fuerte.

ción que se realizaba en Indias y él soñaba con participar en él algún día. Todo lo demás, la escrupulosa formación de su intelecto, las extenuantes penitencias, los altos puestos que rechazó y los que aceptó, no fueron sino escalones necesarios para llegar a lo que supo sería su meta: su sacrificio, para enseñar lo que él creía la fe verdadera. El sacrificio no se hizo esperar, sólo que de una manera particularmente cruel. Las aguas y riberas del bellissimo río Guayape debieron soportar el crimen más espantoso cometido contra misionero alguno en suelo centroamericano.

Verdalet, llamado Berdelete por la mayoría de los historiadores que de él han escrito, nació en la ciudad de Denia, en el reino de Valencia. Llegó a Guatemala a los 36 años de edad, exactamente el 17 de septiembre de 1593, ya no era tan joven como para atribuir a sus pocos años el arrojo que demostró durante toda su vida en el cumplimiento de sus funciones.

Pocos años más tarde, en 1603, los franciscanos celebraron en Guatemala su Capítulo Provincial, en el cual salió electo Fray Esteban como Guardián del convento de S. Antonio de la ciudad de Comayagua. En esta ciudad hondureña fue protagonista de uno de los episodios más extraños de que se tenga memoria. El caso pasó a ser conocido como «La Leyenda de la Cruz de Comayagua».

Recién llegado a la ciudad, después de haber realizado su primer viaje a zona xicaque, empezó a ocurrir un raro fenómeno: desde el río Chiquito, próximo al convento de San Francisco, todos los viernes a las doce del día, se levantaba una nube que viajaba por sobre los tejados del vecindario hasta llegar a envolver la cruz del cementerio del convento. Dentro de la nube se podía ver una silueta parecida a la figura de un hombre que fue tenida por el vecindario de Comayagua como un alma penitente. Pasadas las horas, de la misma forma inexplicable en que llegaba, la nube regresaba al río y desaparecía por completo. La leyenda contaba que un valiente lugareño se había introducido en la nube para averiguar lo que pasaba y que más tarde había salido completamente trastornado y que días después había fallecido como consecuencia de lo mismo. Esto no está seriamente documentado. Sí lo está, en cambio, la actitud de Fray Esteban frente a ese misterio.

Había corrido la voz que el fantasma había empezado a ser visto en una ocasión en que se temía la muerte de Fray Esteban, algunos afirmaban que era el alma de Verdalet que regresaba a su convento por alguna tarea inconclusa. Así las cosas él debió sentirse obligado a hacer las averiguaciones sobre el caso y se

preparó al efecto. Después de varios días de ayuno y penitencia y contando con el permiso del Obispo que por esas fechas lo era Gaspar de Andrada, esperó la llegada de la nube misteriosa y entró en ella ante la mirada expectante de docenas de curiosos que se agolpaban en los alrededores para ser testigos de aquel suceso irrepetible. Con el paso de las horas el grupo de curiosos debió disminuir en vez de aumentar, ya que no es lo mismo contemplar lo desconocido y temido a la luz del día que en las noches cerradas del valle de Comayagua, y es que lo que había empezado a las doce del día se prolongó hasta las doce de la noche, hora en la cual salió de la nube Fray Esteban quien, dando muestras de cansancio, solamente pidió un poco de agua para beber. A los curiosos que habían tenido la valentía de esperar hasta esa hora sólo les dijo lo siguiente «Ya nunca volverá». Verdalet confió únicamente al Obispo lo que había ocurrido dentro de la nube, pero la población de Comayagua creó versiones para todos los gustos. Tal como dijo Fray Esteban aquel fantasma nunca más apareció.

Casi inmediatamente a la conclusión de este extraño fenómeno, Verdalet salió rumbo a España. Por alguna razón, después de ese suceso sintió una prisa inusitada por llevar adelante sus planes de evangelización de los xicaques.

Su viaje a España tuvo el propósito de obtener del Rey la autorización y los recursos para lograr tal fin, lo cual consiguió en tiempo inusualmente corto. Había llegado a la península precedido por su fama y eso le había abierto muchas puertas. Quizás demasiadas. Recibió distintas ofertas para quedarse a vivir en España lo que hubiera sido la delicia de su familia y de cuantos le querían. Pero Verdalet interpretó esos ofrecimientos como trampas del demonio y dejó absolutamente claro que no iba a cejar en su empeño y que si estaba en manos de Dios toda su vida no debían temer por su muerte, porque si ésta se presentaba sería por encontrarse dentro de los planes bondadosos de Dios.

Regresó a Guatemala en 1608 en compañía de 28 religiosos valencianos que habían decidido unirse a su empresa, allí, Don Alonso Criado de Castilla, Presidente de la Real Audiencia, mostró toda su disposición a acatar las órdenes del Rey proveyéndole de cuanto fuere menester para su sacrificada y arriesgada misión.

No obstante la ayuda y buena disposición encontrada en Guatemala, su viaje a Comayagua y al área Xicaque se retrasó casi un año, primero por la confección de Cálices y ornamentos religiosos que serían llevados al área de evangelización y finalmente por ser necesario esperar la conclusión del invierno ya que el viaje tenía que ser realizado a pie.

Fue así como a principios de octubre de 1609 pudieron partir hacia Comayagua, esta vez no para permanecer en ella, sino únicamente para efectuar una última escala y encontrar a otras personas que los acompañarían hasta el territorio Xicaque. Entre los que se les unió en Comayagua estaba el Capitán Alonso de Daza, conocedor del terreno al que viajaban y de algunas de sus lenguas, su ayuda resultó de gran utilidad para Fray Esteban.

No contaremos las penalidades del viaje que como dijimos tenía que hacerse a pie por regiones despobladas y agrestes, donde los caminos al no existir sólo podían sospecharse y cuya única referencia de ruta era la información dada por algunos indios que antes habían estado en el lugar y que indicaban el sitio de asentamiento de las rancherías de los lenca, caribes y taguacas, que como antes mencionamos se incluían por entonces en la denominación general de xicaques.

Fue así como llegaron a las riberas del río Guayape en las proximidades del lugar donde se le une el río Guayambre que aumenta considerablemente su caudal, esto está ubicado en el actual Departamento hondureño de Olancho, región que aun hoy en día es una de las más despobladas de Honduras.

Verdalet y sus compañeros, de inmediato empezaron su trabajo. Creían por la primera impresión que obtuvieron que éste sería sencillo, los lenca que los recibieron lo hicieron con curiosidad y aparente aceptación, incluso regaban pétalos de flores al paso de los misioneros en señal de bienvenida. Aquel primer grupo se mostró interesado en la doctrina que les comunicaban en reuniones cada vez más concurridas, empezaron a cambiar sus hábitos de vestimenta y a ayudar en los trabajos de construcción de los primeros ranchos que se destinaron a iglesias. Verdalet no ocultaba su dicha, no se cansaba de repetir que en tan poco tiempo tenía no una sino dos iglesias funcionando y que pronto realizaría construcciones más duraderas.

Sin embargo los taguacas vecinos de esas rancherías que no se habían dejado ver por el lugar por miedo a los españoles y a sus armas de fuego, poco a poco iban perdiendo el temor y llegando a robar lo que podían. Los grupos lenca confesaron a los misioneros su temor a los taguacas. Según contaron no sólo les habían robado animales para comer, sino también a algunos de sus propios hijos, que habían sido asados y comidos en salsa de chile. Las historias que al principio parecieron exageradas a los españoles se fueron comprobando poco a poco. El Capitán Daza le insistía a Verdalet en extremar precauciones, pero sin

ningún éxito, éste estaba convencido que su labor contaba con la protección de Dios y no admitía la menor insinuación de desistir en su misión.

Daza y algunos de sus hombres de vez en cuando simulaban cazar en las proximidades del campamento, era el pretexto para disparar sus armas que infundían temor en los indios. Al ruido de los disparos, todos repetían «pum, pum» imitando el sonido de los arcabuces y se tiraban al suelo. Pero a esto también se iban acostumbrando.

La influencia que ejercían los taguacas sobre los débiles lencas empezó a dar frutos, con amenazas les advirtieron de sus planes de matar a los extraños, ya que llegaban a cambiar sus costumbres sin ningún derecho para ello. Poco a poco los nuevos ranchos se iban quedando vacíos ante la sorpresa de Verdalet y las advertencias de Daza, quien aseguraba que algo malo estaban tramando. Verdalet entonces decidió preguntar a algunos de los pocos indios que quedaban con ellos sobre lo que ocurría y todos contestaban no saber nada. Por fin, uno de ellos confesó lo que sabía advirtiendo a todos que cualquiera de esas noches los nuevos ranchos serían incendiados con todos sus moradores adentro y les suplicaba que se marcharan lo antes posible.

La advertencia llegó tarde, porque la misma noche en que esa confesión fue hecha, los taguacas con los lencas recién convertidos atacaron la ranchería incendiándola por completo, nada quedó de las ramadas convertidas en iglesias y lo único que pudieron salvar Verdalet y sus compañeros fue la vida.

Pasando mil penalidades, cruzando ríos crecidos, caminando distancias interminables bajo el sol ardiente o el frío de la noche lograron llegar a Comayagua. Durante ese viaje que a cualquiera hubiera desanimado para siempre Verdalet reafirmó su voluntad de regresar en la primera oportunidad para concluir su misión.

De Comayagua donde fueron acogidos con grandes muestras de cariño, viajó a Guatemala en compañía de Fray Ioán de Monteagudo —también valenciano— bajo los rigores del invierno, llegaron a la ciudad de Guatemala en agosto de 1610.

Una vez más Verdalet venció cuanta oposición le fuera presentada para salir adelante con sus planes evangelizadores, pero en esta ocasión pidió y obtuvo 25 hombres armados que lo acompañarían durante su viaje de regreso. El Capitán Daza sería el jefe de aquella guarnición a todas luces insuficiente para la magnitud de sus responsabilidades.

A finales de enero de 1611 llegó con sus acompañantes a Comayagua donde, una vez más se inició la penosa situación de buscar los pertrechos para el viaje que por fin se inició a finales de abril. Verdalet y Daza se separaron habiendo convenido en hacer la ruta por el valle de Olancho ya conocido y reunirse en las riveras del Guayape.

Durante el trayecto los predicadores que ya entendían la lengua lenca creyeron haber obtenido buenos resultados debido al creciente número de indios que llegaban a ellos y les escuchaban, sin embargo por la experiencia anterior eran prudentes al juzgar sus palabras de sumisión.

Una vez reunidos Verdalet y Daza éste le advirtió al misionero de la cantidad de amenazas que había encontrado a su paso y le suplicó que le permitiera adelantarse en la navegación por el río en dirección a las rancherías taguacas.

Daza no había exagerado los peligros, a los pocos días tuvo el primer encuentro violento con un nutrido grupo de taguacas, de las amenazas iniciales se pasó al enfrentamiento, dejando varios muertos tanto indios como españoles.

Daza optó por no perseguir a los que escapaban por no arruinar la labor de Verdalet pero dos de sus soldados habían logrado capturar a un guerrero que había matado a dos españoles. La captura no fue sencilla dada la fortaleza del guerrero que a punto estuvo de matar a uno de ellos con sus propias manos. Una vez inmovilizado fue atado al tronco de un árbol y uno de los soldados le clavo el brazo derecho contra el tronco con una herradura de caballo y ocho clavos, dejándolo así abandonado. Los soldados no informaron de esto a nadie, fue necesario que ocurriera una serie de hechos terribles para que después lo confesaran, quizás porque se sintieron responsables de la tragedia posterior.

Los taguacas encontraron más tarde a su compañero clavado en el árbol, ya muerto. Resultó ser uno de sus jefes, apreciado entre ellos por su coraje y tomaron la decisión de vengarse. Enviaron emisarios a los religiosos diciendo que lamentaban todo lo que había sucedido y que los invitaban a visitarlos en sus ranchos, pero que vinieran sólo los religiosos con el Capitán Daza y sin armas porque no querían guerra sino paz y convertirse al cristianismo.

Este mensaje fue interpretado por Verdalet como la respuesta a sus oraciones y estaba dispuesto a aceptar, pero Daza lo convenció de ir él primero como emi-

sario y que si todo estaba bien le enviaría una nota diciéndolo, que si no recibía tal nota sería porque aquello era una trampa. Accedió Verdalet y Daza emprendió el viaje en canoa con aquellos emisarios y una pequeña escolta. Más tarde se escucharon algunos disparos.

El relato que sigue está tomado de dos fuentes que coinciden en lo fundamental aunque difieren en detalles, algunos de ellos importantes, uno es el testimonio procedente de Fray Fernando Espino² y el otro el que incluye Fray Francisco Vázquez³ en el tomo IV de su *Crónica de la Provincia de Guatemala*.

Esteban de Verdalet, e Ioán de Monteagudo, esperaron todo ese día y no tuvieron noticias de Daza, al día siguiente (enero de 1612) llegaron por ellos unas ocho Canoas con dos indios en cada una, dijeron a los misioneros que Daza los esperaba y que los acompañaran sin ningún temor. Cuando se les pidió la nota de Daza, estos dijeron que no la había enviado, que posiblemente lo olvidó porque uno de sus hombres había estado disparando a un mico y que al asustarse los indios Daza había tenido que calmarlos.

No obstante el peligro al que se exponían y desoyendo todos los consejos que el grupo le dio, Fray Esteban decidió que embarcaran. Uno de sus escoltas le había aconsejado que dejaran aquellos indios al infierno, que era lo que merecían, palabras que no tuvieron otro efecto que avivar el celo misionero de Verdalet. Fray Ioán de Monteagudo lo reafirmó en su decisión al expresar que si era por Dios que se entregaban al riesgo, Dios los sacaría de él o les daría fuerza y valor para padecer por su amor.

Avanzaron río abajo un buen trecho hasta que llegaron a las proximidades de una rancharía donde vieron gran cantidad de indios tiznados y con penachos en señal de estar listos para el combate, distinguieron una vara fuerte y alta, a manera de pica, con una cabeza humana clavada en la punta, creyeron distinguir en ella los rasgos del Capitán Daza. En otras estacas cercanas vieron manos clavadas, una de ellas con una herradura que se distinguía a la distancia.

² Fray Fernando ESPINO: *Relación verdadera de la reducción de los indios infieles de la provincia de la Taguisgalpa. Llamados xicaques*. Managua, Banco de América, 1977.

³ *Crónica de la Provincia del Santísimo nombre de Jesús de Guatemala de la Orden de N. Seráfico Padre San Francisco en el Reino de la Nueva España. Compuesta por R.P. Fr. Francisco Vázquez*. Segunda edición, Tomo IV, Tipografía Nacional, Guatemala, C.A., 1944.

Lo que siguió fue una orgía de sangre y pavor que no vamos a describir por completo. A la señal de un pito, tocado desde la ribera, los indios se arrojaron sobre los misioneros y sus escoltas. Fray Ioán fue asesinado a golpes antes de desembarcar, Verdalet consiguió llegar a la orilla, incluso levantó la voz para empezar a reprender a los taguacas por tan absurdo crimen, pero fue silenciado por los golpes de garrotes y una lanzada que dio con él por tierra. Tanto a Verdalet como a Monteagudo le fueron arrancadas las cabezas y cortada su parte superior de las mismas. Estas fueron usadas por los principales jefes como recipientes para beber chicha. Sus muslos y brazos en salsa de chile fueron platos del banquete que siguió a continuación mientras los otros despojos de sus cuerpos eran arrojados al río para alimento de los peces.

Los distintos relatos conocidos sobre estos terribles sucesos fueron contados por soldados que lograron escapar a la muerte en el lugar mismo de los hechos.

Se supo también que, como consecuencia de la borrachera producida por la chicha y de los pleitos entre los jefes taguacas que festejaron sin parar ese día con su noche, hubo cerca de veinte muertos entre los taguacas.

Fray Esteban de Verdalet, murió como supo que moriría y vivió la vida que escogió para sí, sin importar el precio increíble que tuviera que pagar por su audacia.

Estas notas son un tributo a dos héroes valencianos que el tiempo se encargó de sepultar.